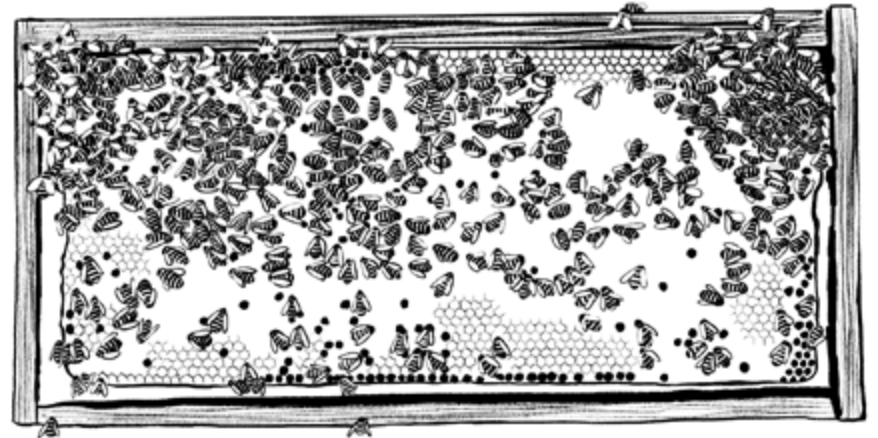


Petra Postert

# EL AÑO DE LAS ABEJAS



Título original: *Das Jahr, als die Bienen kamen*

Primera edición en castellano: septiembre de 2022

Texto: Petra Postert

© 2017, Tulipan Verlag GmbH, Múnich, Alemania

© de la cubierta e ilustraciones interiores: Maria Girón

© Traducción del alemán: Marisa Delgado

Corrección: Leticia Oyola Estrella

Derechos de traducción al castellano gestionados por

S. B. Rights Agency - Stephanie Barrouillet

Maquetación: Volta Disseny

© 2022, de la presente edición, Takatuka SL, Barcelona

[www.takatuka.cat](http://www.takatuka.cat)

Impreso en Novoprint, España

ISBN: 978-84-18821-39-4

Depósito legal: B 13074-2022



La traducción de la presente obra ha recibido una ayuda del Goethe Institut con fondos procedentes del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

**TakaTuka**



## DICIEMBRE

*Estaban muy juntas. Realmente juntas y no solo hombro con hombro, también espalda con espalda. No como la gente en el tranvía. No, así no. Más juntas. Mucho más juntas. Más juntas de lo imaginable. Sí, es posible. Encima y debajo unas de otras, sin principio ni fin. Increíblemente juntas y apretadas, sí. Y por eso estaban calentitas. Y blandas. Como un ovillo. Un ovillo cálido, blando y vivo en suave movimiento permanente. En un cajón de madera. Oscuro. Desde hacía ya muchas semanas. Y en el centro, la reina. Con una vida estupenda, dejándose cuidar día y noche por sus hijas con alimento y con calor. Las abejas producían calor haciendo temblar y zumbar los músculos que normalmente usan para volar.*

Cuando murió su abuelo, Ottmar Heinzmeier, el martes antes de Nochebuena, Josy estaba en el colegio haciendo un trabajo de mates. Tocaba quebrados. En principio, lo había entendido todo. En principio. Pero ¡qué grandes eran los números de aquella mañana! Veinticinco doscientossetentaicincoavos. Dieciocho cientochoavos. Sesenta setecientosveinteavos. Y así sucesivamente. Los números empezaron a bailarle ante los ojos. La verdad es

que eso de los quebrados era siempre como partir tartas. Así se lo había podido explicar aún, el sábado anterior, con voz muy débil, el abuelo Ottmar. Y es que todo en él, realmente todo, hasta el color de sus ojos y, por supuesto, su voz, se había ido debilitando y empalideciendo de año en año, de mes en mes y, en el último año, hasta de semana en semana. Pero lo curioso era que su enorme apetito por las tartas, sobre todo por la tarta de cerezas Selva Negra, había permanecido intacto. Y así, el sábado anterior, como de costumbre, le había pedido a su hija, la madre de Josy, que le sirviera una tercera porción de tarta Selva Negra.

—Lo mejor es que las operaciones con quebrados te las imagines igual que si cortaras una tarta como esta —había farfullado el abuelo Ottmar antes de introducirse una cereza con nata en la boca—. El número de debajo de la raya...

—¡Se llama denominador! —había exclamado Josy.

El abuelo asintió con la cabeza y se limpió la boca con la mano, como a cámara lenta.

—El número de debajo de la raya te dice cuántos trozos tiene la tarta. Y el número de encima... —En este punto, el abuelo había hecho una larga pausa, porque había tenido que respirar a fondo unas cuantas veces.

—Se llama numerador —murmuró Josy.

Su madre había puesto una mano en el brazo de la niña, mirándola fijamente a los ojos como queriéndole decir que se callase, que le dejase hablar. El abuelo nunca había sido muy hablador, tampoco en otros tiempos; por eso quizá su voz sonaba siempre extraña, como si le faltara práctica. A veces permanecía en silencio durante días. Lo había contado la madre de Josy. Era de locos, pero imposible de cambiar.

—El número de encima de la raya... —había vuelto a decir el abuelo como exhalando las palabras más que pronunciándolas—. El número de encima de la raya te dice cuántos trozos puedes coger. —Hizo una pausa—. ¿Lo entiendes?

Josy asintió en silencio y la mirada del abuelo brilló.

Como todas las tardes de domingo, habían ido a visitarlo a su piso, un piso pequeño con muebles enormes. Llevaban, como siempre, una tarta Selva Negra en el maletero; no una tarta casera, sino una congelada, del súper, puesta a descongelar en el frigorífico la noche anterior.

—Lo importante es que sea Selva Negra. ¡Como para ponerme yo ahora a hacer tartas! —decía a veces la madre de Josy mientras transportaba la tarta al coche.

Sonaba a disculpa, como si tuviera remordimientos de conciencia. Y eso que el abuelo nunca se había quejado.

Como todos los domingos, también aquel se habían sentado en torno a la mesita de centro: los padres, en el voluminoso sofá, con abultados cojines en el respaldo, y Josy y el abuelo, en los dos sillones, frente a ellos. Una hora. A veces, algo más y, a veces, algo menos, según. Las visitas al abuelo Ottmar nunca duraban mucho más de una hora. Eso se debía a tres motivos: primero, a que el abuelo se fatigaba muy pronto, lo cual no era de extrañar a sus ochenta y cuatro años; segundo, a que todo lo que se tenían que decir se podía contar con bastante exactitud durante esa hora, y tercero, a que la madre de Josy no hubiera podido aguantar más de una hora en el piso sin derretirse. O al menos eso era lo que ella decía, pues, con independencia de cuál fuese la estación del año y la temperatura que hiciese en el exterior, en el piso siempre hacía un calor insoportable. En

aquel momento era diciembre y había nevado, hacía un frío espantoso y a los niños se les helaban las aletas de la nariz por la mañana, de camino al colegio. El domingo, una vez más, el abuelo había vuelto a abrir los radiadores hasta el máximo y, al cabo de un cuarto de hora, la cara de la madre de Josy ya estaba al rojo vivo.

De los tiempos en los que su abuelo Ottmar era algo más joven, Josy casi no se acordaba. De cuando siempre iba arremangado, podía trabajar como una mula y aún vivía en la casita con un gran jardín que tenía en las afueras. Pero, de un día para otro, ambos se le habían convertido en un lastre. Tenía cuatro años cuando él vendió la casa y el jardín a una familia joven, dejándoles, muy a su pesar, los tulipanes y los narcisos, las hortensias, las dalias y las anémonas, las cerezas en junio y, en agosto y septiembre, las manzanas alkmene y rubinette. Solo se había llevado algunos muebles y las abejas. ¡Sus abejas, claro! Alguien dijo que estaba dispuesto a llevárselas a su jardín, con las suyas; allí el abuelo podría seguir ocupándose de ellas. La cuarta planta de un piso de ciudad, con ascensor, pero sin terraza, no era el sitio ideal para criar abejas. Cinco colonias de abejas tenía aún por aquel entonces. De eso hacía ocho años. Algunos domingos, el abuelo había informado, con frases cortas, de sus excursiones a ver a las abejas, pero a Josy no le había interesado. Ni tampoco a sus padres. Aunque sí que les gustaba llevarse a casa el frasco de miel que les tenía preparado de vez en cuando.

El sábado anterior se había dormido en el sofá antes de lo habitual, al cabo ya de media hora. Josy y sus padres habían recogido la mesa en silencio, habían llevado el resto de la tarta al frigorífico, habían fregado y colocado la vajilla en los armarios procurando

hacer el menor ruido posible. Josy había retirado de la mesa el mantel azul claro, con el borde de ganchillo, y lo había sacudido por la ventana. Al final, su madre le había puesto al abuelo una mantita de lana sobre las piernas y le había quitado con cuidado las gafas, que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz. A Josy, al verlo tan flaco, hundido en el sillón, roncando suavemente, le hubiese parecido casi como un niño si no hubiera sido por las manos, apoyadas en los brazos del sillón, sus manos pálidas y arrugadas, con venas protuberantes que se marcaban bajo la fina piel azulada. Por primera vez, se le pasó por la cabeza que quizá el abuelo se estaba volviendo transparente. Transparente para, en algún momento, esfumarse del todo.

Ciento cincuenta trescientos sesentavos. Ese era el número que la ocupaba en aquel momento, mientras hacía su tarea de mates. Trató de imaginarse la tarta correspondiente, lo cual no era fácil, porque esa tarta debería tener trescientos sesenta trozos, de los que Josy tendría que coger ciento cincuenta. ¡Trescientos sesenta trozos! ¿Cómo funcionaría eso? Suspiró por dentro, apartó un poquito la hoja del examen y miró a la pizarra. Allí estaba sentado, muy derecho, el señor Guntram, el profe de Matemáticas. Como un suricato atento, dejaba que su mirada vagase por las filas de pupitres. Era un tipo joven y bajito que llevaba deportivas y un bolso de lona de camión. Sus miradas se encontraron un instante. A Josy le caía bien, pero ahora no podía preguntárselo. Normalmente, no respondía a las preguntas de los alumnos durante los exámenes. Además, nunca había explicado las fracciones con trozos de tarta.

Josy giró rápidamente la cabeza y miró por la ventana. Había vuelto a nevar por la noche. Ahora lucía el sol y la capa de nieve